

20250608. Pentecostés. Cielo C. Señor, envía tu Espíritu y renueva la faz de la Tierra.

El fin de semana pasado celebramos la Ascensión del Señor. En teoría, la Ascensión del Señor fue el jueves, 40 días después de Pascua, y Pentecostés es hoy, 50 días después de Pascua. Después de ver a Jesús ascender al cielo, los discípulos oraron durante 9 días esperando la llegada del Espíritu Santo; así fue como terminamos rezando las novenas.

La semana pasada, el Padre José Nery usó una analogía que me gustaría retomar. Nos pidió que imagináramos que éramos los discípulos, quienes, en un sueño, despertaron y se dieron cuenta de que Jesús ya no estaba con ellos. Sabían que no era un sueño; sabían que habían tenido el privilegio de compartir una parte de sus vidas con Cristo durante su breve ministerio en la Tierra. También sabían que, aunque pareciera un sueño, las enseñanzas y los mandatos de Jesús eran 100 % reales.

Tras cumplir su misión terrenal, Jesús regresó al Padre. Ascendió al cielo y pidió a sus discípulos que, en su nombre, predicaran el arrepentimiento para el perdón de los pecados. Jesús sabía que les estaba pidiendo demasiado, así que quiso asegurarse de que estuvieran preparados y les pidió que esperaran el poder del Espíritu Santo, la Promesa del Padre.

Como muchos saben, Pentecostés también se conoce como el día del cumpleaños de la Iglesia. Hoy es una buena ocasión para reflexionar sobre por qué asistimos a la iglesia todos los domingos o, a veces, entre semana, y como eso nos ayuda en nuestra misión en esta vida. Algunos dicen que asisten a misa porque se sienten bien. Otros dicen que asisten para ser mejores personas, y otros dicen que asisten para convertirse en santos.

Si vienes a misa porque te hace sentir bien, bien por ti. Si vienes aquí para convertirte en una "mejor persona", también está bien. Pero si vienes aquí para convertirte en santo, estás haciendo precisamente lo que Dios quiere que hagamos. "Sean santos, porque yo soy santo", dice el Señor (1 P 1:16). Cada uno de nosotros está llamado por el Señor, cada uno a su manera, está llamado a ser perfectamente santo, así como el Señor es perfectamente santo (Concilio Vaticano II). Cada uno de nosotros es único y somos bendecidos según los dones o talentos que recibimos de Dios. Como completamos nuestra misión depende de cómo aplicamos en nuestras vidas esos dones que Dios nos da.

Nuestra misión en la vida es convertirnos en un Santo. Para ser santos, no es necesario ser obispo, sacerdote ni religioso. A veces, nos sentimos tentados a creer que la santidad está reservada solo para quienes tienen la posibilidad de apartarse de las ocupaciones cotidianas para dedicar tiempo a la oración. Eso no es cierto. Todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y siendo testigos de Cristo en las ocupaciones del día a día, allí mismo, donde vivimos cada día: en la casa, en el trabajo, en la escuela, en la calle, en el parque.

Quienes se consagran a la Iglesia pueden ser santos disfrutando de su ministerio. Si estás casado, sé un santo, amando y cuidando a tu cónyuge, así como Cristo ama y cuida a su Iglesia. Si eres trabajador, esfuérzate por ser un santo obteniendo resultados con honestidad y competitividad en el trabajo, mientras sirves a tus hermanos. Si eres padre o abuelo, sé un santo y enseña con paciencia a tus hijos a seguir a Jesús. Y si ocupas una posición de autoridad, sé un santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses.

Hoy es un buen día para recordar nuestro bautismo; hoy es un buen día para recordar que el Espíritu Santo es un don de Dios. Que la gracia de tu bautismo fructifique en un camino de santidad. Que todo esté abierto a Dios, y para ello, elígelo, elige a Dios una y otra vez. No te desanimes, porque tienes el poder del Espíritu Santo para hacerlo posible. La santidad, en definitiva, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (Gal 5:22-23).

Vivir una vida santa es vivir una vida en Cristo. «La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado en que, con el poder del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya». (Papa Benedicto XVI)

Si eres como yo, te estarás preguntando... «Pero, ¿quién es un santo?». Para reconocer a un santo, es mejor no detenerse en los detalles, porque también puede haber errores y fracasos. No todo lo que un santo dice es fiel al evangelio, ni todo lo que hace es auténtico o perfecto. Lo que debemos contemplar es la totalidad de su vida, todo su camino de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo y que emerge cuando logramos captar el significado de la totalidad de una persona.

Todo esto que escuchan hoy es una firme invitación del Papa Francisco para todos nosotros. En su exhortación apostólica «Gaudete exsultate», el Papa Francisco dijo: «Debemos considerar que nuestras vidas tienen un propósito, y nuestra misión es ser un santo».

Hoy conmemoramos el día en que el Espíritu Santo llega a nuestras vidas. Preguntémosle al Espíritu Santo qué espera Cristo de nosotros en cada momento de nuestra existencia y en cada decisión que debemos tomar.

El Espíritu Santo es el mayor regalo de Jesús, el Hijo, y del Padre. Si permitimos que el Espíritu Santo nos forje a imagen de Cristo dondequiera que vayamos, con su poder, renovaremos la faz de la tierra.

Hechos 2:1-11

Salmo 104:1, 24, 29, 30, 31, 34

Romanos 8:8-17

Juan 14:15-16, 23b-26